

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Abuso de la nariz.

Hacia el comedio de la cara, un poco mas arriba de los bigotes, entre carrillo y carrillo, y á mitad de camino como vamos de oreja á oreja, plantó la mano del Omnipotente una protuberancia algo visible en los chatos y escesivamente notable en los que desearian serlo. En esta protuberancia encerró el órgano incomprendible del olfato, cual centinela avanzada del estómago, y allí lo puso sobre la boca, para dar testimonio de la bondad de las tajadas y tragos, y conceder ó negar la entrada segun traiga ó no cada manjar sus papeles en regla, á guisa de alcalde de barrio ó de aduanero fronterizo. Pero así como la susodicha protuberancia recibió estos dos cometidos ú oficios, que modernamente llamariamos misiones, quedó encargada tambien de servir de desagadero ó letrina de los ojos; porque excremento de los ojos es, oh lector cándido, aquello que estrepitosamente estraes cada y cuando desbrochas el pañuelo y te tapas con él la cara. Por último, armó el Criador las entradas ó ventanadas de la propia protuberancia con agudos y recios pelos, estacado dió no penetra el volador insecto que pretendiera acaso hacer el nido en aquellos concavos oscuros.

Si no miente mi fisiológica erudicion, creo que á estas funciones y á la de prestar algun adorno al rostro está limitada la condicion material y social del bulto referido; que el vulgo conoce por el nombre pedestre de nariz, y al cual nosotros, la gente de letras, solemos aplicar la misma denominacion en plural, sea en el sentido recto, sea en el figurado.

Como el oficio principal de este órgano visible se egrece invisiblemente, por residir su busidís en la parte interior, no se ofrece obstáculo alguno para que su forma exterior varíe al infinita, segun la habilidad ó el capricho de cada padre y madre, ó segun las caídas ó caprirotazos que cada individuo vaya reengiendo por esos mundos de Dios, que no le faltarán á poco que se descuide. Por lo tanto, sin que de ello se resienta el órgano consabido, ni sufra demasiado, generalmente hablando, la armonia de las fcciones humanas, encontramos á cada paso narices chatas como almarrices, agudas como epigrama de hambriento, remangadas como hábito de cocinero de frailes (cuando los habia, se entiende, y tenian hábitos y co-

eina y qué coejnar), magnas como san Basilio, en diez-y-seis-avo como novela traducida, blancas como palomas, moradas como el pendon de Castilla, y hasta pias como caballo de niño mimado. Otros articulistas de narices, siguiendo la huella de nuestro inmortal Quevedo, han dicho ya cuanto cabe en prosa y verso acerca de estos varios accidentes narigales, excitando (esta era su piadosa intencion) la cólera de mas de diez atrabiliarios, que en cada artículo de narices devoraran una personalidad; porque no son capaces de ver mas allá de donde alcanzan las suyas. Dejaré pues, como punto suficientemente discutido, esto de tamaños y colores, y con permiso de los que puedan ofenderse de mi atrevimiento, entraré en el campo todavía virgen de los abusos que con la nariz se cometen.

Hay perances transitivos, esto es, perances cuyo impulso nace de un individuo y refluye necesariamente en otro individuo diverso, quedando el primero libre é incólume y mas ó menos lastimado el segundo. Entran en este número aquellos que la torpeza, la depravada intencion y hasta el egoismo están produciendo todos los dias. Y para que el lector poco avisado no se esté dando de calabazadas en valde, pondré algun ejemplo de estos tales abusos transitivos.

Abusa de mas de cuatro narices, hiriéndolas mas ó menos mortalmente, la débil viejexuela que, armada de un paraguas de cinco leguas de diámetro cuyos bordes y puntas andan constantemente exacto nivel de las narices propias de las personas ni altas ni bajas, que son las mas, sin reparar los destrozos que va causando, sigue impávida su línea recta con una tenacidad que de heroica pudiera calificarse. Verdad es que no hay vieja que no se crea dueña de la acera y de la calle, y que no desprecie á los que pasan, á los que pasaron, á los que pasaran y á los que pueden pasar.

Abusa de ocho ú diez mil narices, segun sea la concurrencia en el pasco, la elegante damisela que, por moda ó por necesidad de tapar algun hedior indomable que trasuda ó le mana de algun lado, se carga la ropa, ó el pelo, ó el pañuelo de esa maldecida confeccion moderna, llamada miel de Inglaterra, y que es pura y simplemente una variedad de la especie almizcle, que, segun Hoffman, hace huir al mismo diablo.

Abusan los taberneros que frien en detestable aceite á la puerta de sus establecimientos, los carpinteros que callentan la cola en medio del arroyo, las costañeras, los molenderos de chocolate, los que encienden el fósforo pestilencial para quemar el hediondo cigarro de á seis maravedis, las pollerías, de las cuales procedé, sobre todo en tiempo

de calor, la nauseabunda emanación de los corrompidos despojos; pero abusan tantos otros y tantos, que fuera no acabar el sacarles á todos á la colada.

Porque al enristrar la pluma, oh lector condescendiente, ha sido mi esclusiva intención tratar de aquellos abusos que llamaré *reflexivos* por recaer la acción sobre el individuo que la ejerce, así como llamé *transitivos* á los que pasan desde el abusador al abusado; logrando de este modo suministrarle como de paso una tinturilla modesta de mis profundos conocimientos en gramática.

Hay hombres que se dan tono á costa de sus narices; es decir, hombres que no tienen otro medio de hacer papel sino el de atormentarse la trompa. Verbigracia: llega de Filipinas en ciento treinta y siete días de navegación la fragata *Sirena*: á los veinte y cinco, cuando mas, vereis á don Onofre que era buen mozo hace diez y siete años y literato hace nueve, sonarse los morros quinientas veces en las doce horas útiles, si antes de la llegada de la fragata se los sonaba solo diez ó doce, como se suena el vulgo. Y ¿porqué así? Porque el tal don Onofre ya no es ni buen mozo, ni literato, y necesita ser algo para papelonear, y ahora (; oh flaqueza y delezabilidad de las glorias humanas!) se contenta con ser el primerito que usa los pañuelos chinos que acaba de traer de Manila la fragata *Sirena*.

Pues, ya que la palabra *literato* acabo de estampar; ¿qué podré decir que él mismo no diga, de aquel público escritor, que asiendo la pluma con la derecha y colocando la nariz entre el índice y el pulgar de la izquierda, no pone una frase en el papel sin el sendo tiron de narices, que parece que se las vaya afilando para ordeñar mas fáciles las ideas de su desvirtuado cacúmen, y está sin cesar, tira que tira y soba que soba, hasta que dan fin á la tarea, ó el papel, ó lo que es mas frecuente las ideas?

Por no remover los estómagos susceptibles, pasaré por alto á aquellos individuos, victimas infelices de su pasión á la estatuaria, que día y noche sin sosiego ni descanso, se barrenan las narices para obtener ciertos productos medio secos, á que dan luego varias y caprichosas formas con los dedos, arrobándose y estasiándose en esta maldiciada operación, cual pudieran al escuchar las melancólicas armonías de Mozart, ó los desgarradores ayes de Desdémona y de Norma.

Citaría también, y no lo haré por no ser pesado, á los que dejando cuatro sentidos cesantes, tienen concentradas todas las sensaciones en el del olfato, y huelen la camisa que se van á poner y la silla en que se sientan, y el paño que compran para una capa, y el aire para saber si llueve, y la llave de la puerta para conocer si vino alguien, y nunca hablan sino del hedor de los pasillos del teatro, y del aroma que sale de casa de Fortis, y del que exhalan las rejas de las bondas cocinas de las casas de mi flor. Estos hombres narices son mas numerosos de lo que tú crees, lector benévolo, y á poco que observes, ahí te los encontrarás como hoyidos.

Concluiré mi desapacible artículo volviendo la atención á esa mayoría inmensa de gente tabacosa, que otro Dios no conoce, ni otro afán, ni otra delectación que el incomprendible frenesí de meterse á cada triquiñaque en ambas las ventanas aquellos átomos negros, comprados á buen precio, que si en el principio de su uso pudieron cosquillear agradablemente el olfatorio sentido, no sirven al cabo de algun tiempo mas que para atiborrar el conducto de la respiración, producir un delicioso gangueo artificial, dar al público el espectáculo risible de una gota de color de ánbar en la punta

de la nariz suspendida, y que al cabo cae en la pechera ó en el plato, que es peor; ó el otro espectáculo afflictivo de un pañuelo oscuro (claro daría margen á correr), en cuyos senos confusos... tranquilizaos, lectores, no digo mas.

Compadecemos á esos infelices que no pueden pasar agradablemente sus horas sin el auxilio de su nariz, que en la nariz ponen su vida y abusan de ella en todo momento, sin acordarse siquiera de que no poseen mas de una, por mas que algunos vanidosos repitan sin hallar contradicción: ¡oh! tengo yo muchas narices!

JULIAN MANZANO.

La invención de las trabillas.

TRADICION DE LOS INFIERNOS.

Diz que allá, del otro mundo
en un lóbrego rincón,
de los precitos mansion
por lo estrecho y por lo inmundio;
en una noche de truenos,
en que llovían saetas,
y nevaban bayonetas,
y granizaban barrenos;
citados en *toda forma*
comparcieran á juicio
un bribon (sastre de ofiain)
y un elegante de norma.
Y aclamaron los infiernos
como juez en la intentona
al mismísimo en persona,
con su rabo y con sus cuernos.
Dispensadas esta vez
las precisas de costumbre,
con infernal mansedumbre
dijo á las partes el juez.

EL DIABLO. «Para que pueda en embriencia
suum cuique tribuere jus,
(el diablo en latin!! Jesus!!)
para dar una sentencia
conforme con la justicia,
pronunciad un juramento
de hablarme sin finjimiento,
sin engaño y sin malicia.

EL PETIMETRE. Juro decir la verdad;
y si la verdad no digo,
que me suceda en castigo
la mayor calamidad.
Y será la mas completa,
que se me añoje el corsé
en medio de una *soirée*.

EL DIABLO. Cómo?

EL PETIMETRE. Un baile de etiqueta!

EL SASTRE. Juro decir la verdad;
y si la verdad no digo
que me suceda en castigo
la mayor calamidad.
Que no pueda en todo un año
con el *rás* de mi tigera
mermar un hilo siquiera,
por tener tasado el paño.

EL DIAB. Ambos pretendéis tener
de una invencion el honor;
el verdadero inventor,
esto se quiere saber.
Y así conforme á derecho,
esponed vuestras razones,
para evitar confusiones
y dilucidar el hecho;
y pues hay constitucion
en vuestro país natal,
sea este juicio verbal,
juicio de conciliacion.

EL PETIM. Como parte demandante,
yo don *Corpiño Elegancia*,
yo, que de la culta Francia
visto al uso rutilante;
vengo á esponer ante el trono
una inaudita maldad
que ataca la propiedad
de un caballero *de tono*.
Yo, profundo pensador,
que tanto pensé en la moda,
hasta ser de España toda
el petimetre mayor;
á costa de mil sudores
que mi frente han inundado,
obtuve por resultado
el primor de los primores.
Yo en el flojo pantalon
las trabillas inventé,
mas de sacar me olvidé
privilejio de invencion.
Y ese sastre inicuo y vil,
por mi pícara memoria
quiere usurparme esta gloria....
¡oh usurpacion sastreril!

EL SAST. Alto, señor! — Yo el mas diestro
sastre que vivió en el mundo;
yo que en arte tan profundo
no reconozco maestro;
yo don Homobono Hilban...

EL PETIM. Suprima plebeyo, el don,
que esa es otra usurpacion...

EL DIAB. Al órden! — *dilin dalan*.

EL SAST. Yo de tan perfecta obra
soy el único inventor...

EL DIAB. Dadme las pruebas.

EL SAST. Señor,
ved que mi palabra sobra.

EL DIAB. No hasta que lo digais:
si fué vuestra la invencion,
es de entera precision
que lo probeis... ¿Lo probais?

EL SAST. Yo lo probaré al instante.

EL PETIM. Probaré yo lo contrario.

EL SAST. Pícaro!

EL PETIM. Impostor!

EL SAST. Falsario!

EL PETIM. Usurpador!

EL SAST. Intrigante!

EL DIAB. Al órden! — *dilin dalan*
que llamaré al alguacil...

EL SAST. Es un embustero vil!

EL DIAB. Al órden, señor Hilban!

EL PETIM. El inventor yo lo fui.

EL SAST. No que el inventor fui yo.

EL PETIM. Pues yo sostengo que no.

EL SAST. Pues yo repito que sí.

EL PETIM. Vos mentís como un bellaco.

EL SAST. Vos seréis el embustero.

EL PETIM. Calle el sastre chapucero!

EL SAST. Calle el pecio currutaco!

EL DIAB. Voto á mis cuernos... ¡cachaza!
ú os pondré, canalla loca,
unos grillos en la boca,
y en los piés una mordaza!

EL PETIM. Este juez está beodo!

EL SAST. Borracho como un inglés!

EL PETIM. Una mordaza en los piés!!!

EL SAST. Ha empinado mucho el codo!

EL DIAB. Oh! maldicion, maldicion!!!

EL SAST. Qué se le arrebató el vino!

EL DIAB. Voy á hacer un desatino,
sino prestáis atencion!
Temed audaces, mi saña;
¿qué revolucion es esta?
bien mostrais; voto á mi testal
que habeis nacido en España.
No he de admitir mas difuntos
que vengan de aquella tierra,
que me dan ellos mas guerra
que todos los diablos juntos.
No!! lo juro por mis cuernos...!
que hay español que se muere
solamente porque quiere
pronunciarse en los infiernos.
Pues ya tienen tres bemoles!
—Ola! guardias infernales,
nunca pasen mis umbrales
esos locos españoles!
Y tened listos los ojos,
que suelen venir á cientos

con estos pronunciamientos...
llaves echad y cerrojos!
Y vosotros, ¡juro á tal...!
si os rebelais otra vez...

EL PETIM. Sí, recusamos á un juez...

EL SAST. Que no está en juicio cabal.

EL PETIM. A un juez que segun las señas
no aprovecha para el paso...

EL SAST. Porque empuña mucho el vaso
de Jeréz, ó Valdepeñas.

EL DIAB. Oh! qué torpes desatinos!
¿Valdepeñas ó Jeréz?

EL SAST. O Cariñena tal vez!

EL DIAB. Nunca he probado esos vinos.

Que en estos chiribitiles
solo hay vino de Falerno
que ha parado en el infierno
porque fué de los gentiles.
Tengo tres ánforas llenas,
que hallé en Roma en un palacio
con unos versos de Horacio
dirijidos á Mecenas...

Cuando Horacio las columbra

—*nunc est bibendum* esclama;

y cual si hablase á su dama;

—*pócula duces sub umbra.*

Ecce Falernum, le dice,

si á Virgilio encuentra al paso;

y este le responde acaso:

—*«sic vos, non vobis amice.»*

Y Horacio con amargura,

viendo sus ánforas llenas,

ya por su desdicha ajenas,

—*«sic vos non vobis»* murmura.

Y al contemplarlas en alto,

se relame el infeliz,

que le dan en la nariz,

y es imposible el asalto.

Que á tan estraños dolores

condenóle su destino

por tratar con Ligurino

pecaminosos amores.

—Pero, la cuestion no es esa.

EL PETIM. Yo con interés escucho...

EL DIAB. Siempre os interesa mucho,

lo que nada os interesa.

Volvamos al juicio en fin.

EL PETIM. Yo las inventé, ¡pardiez!

EL SAST. Es mentira señor juez.

EL DIAB. Al orden! *dalan dilin.*

Si he de averiguar el hecho

de las dos partes contrarias,

son las pruebas necesarias

para fallar en derecho.

EL PETIM. Yo daré pruebas al punto.

EL SAST. Pruebas daré yo tambien.

EL DIAB. Silencio! y quietos estén!

Hable uno solo.—Al asunto.

EL PETIM. Siendo, señor, las trabillas

por su elegancia y primor,

la maravilla mayor

de todas las maravillas,

y entre *las modas modernas*

la que puso á los varones

estirados pantalones

en las estiradas piernas...

¡Qué puntiagudo caletre,

qué alambicado magín

las imaginara sin

el genio de un petímetro?

A su genio peregrino

se debe tal invencion...

trabillas al pantalon

se las puso un lechuguino!

A ese pícaro arrapiezo,

porque me usurpa este honor,

será muy justo, señor...

ahorcarle por el pescuezo.

EL SAST. Las trabillas, señor juez,

son una nueva invencion,

que sostiene el pantalon

en continua tirantez.

Y es cosa visible á un topo,

que un cordel siempre tirante,

se rompe al mejor instante

como nos lo dijo Esopo.

Por ellas los pantalones,

aunque se ande con compás,

al mejor instante, *¡rás!*

se hacen cuatro mil girones.

Y no falta un guapo chico

que, merced á las trabillas,

se quedó como en cucullas

al alzar un abanico.

Y un perfumado galán

que, entre damas con la prisa,

se vió de pronto en camisa

por cojer un tulipan.

Otro, que estrenó trabillas,

bajóse por su baston,

y á reir de la funcion

se asomaron las rodillas.

Risas al honor contrarias

del hombre segun mi cuenta,

que son del hombre en afrenta

las risas pantalonarias.

Y pues las trabillas son

causa siempre de un desastre

¿quién ha de negar al sastre

la gloria de su invencion?

Por lo tanto señor juez,
á ese impostor monigote,
pido que le den garrote
siquiera por una vez.

EL DIAB. Si pruebas alega el uno
pruebas ¡ ay! alega el otro.....
la justicia está en un potro.....

LO DOS. Quién tiene razon?—*Ninguno!*

Esto lo dijo un abate
bailarin y regordete,
penetrando en el retrete
con su cara de tomate.

Quedó Satanás en baba
con el caso repentino;
y el sastre y el lechuguino
se remordieron de rabia.

Mas el otro en jarras puesto,
colocándose en tercera
prorrumpió de esta manera
con avinagrado gesto.

« Yo el abate Pantorrillas,
como el único inventor,
vengo á reclamar, señor,
la gloria de las trabillas.
No las inventó ¡ por Baco!
sépaló en fin la justicia,
ni del sastre la codicia,
ni el primor del currutaco.
No..! ni el sórdido interés,
ni la elegancia gentil...!
que de invencion tan sutil
mas alto el origen es.

¿ Quién tal primor ha inventado ?

¿ queréis saber la verdad ?

La estrecha necesidad...

de un hombre necesitado !

La necesidad en fin,

que es la mayor inventora...!

Y, si lo dudais, ahora,

lo demostraré en latin. »

Non sabibit abogatus

nunquam, quod ambrientum sabiat,

quia discurrit que rabiát

intelectus apretatus.

Ille qui trabillas gastat

eubrit rotum calzamentum

ergo meum argumentum

sufficit atque rebastat!!!

Para no andar en pernetas,

dando al aire mis canillas,

inventé yo las trabillas

porque estaba... sin calcetas !

—*Bravo!* con estruendo atroz,

gritó Satanás, y ¡ bien!

rompiendo en aplausos cien

todo el infierno á una voz.

Y del infierno en presencia

para dar ejemplo en él,

se alzó en su silla Luzbel

pronunciando esta sentencia

« *Al Abate Pantorrillas,*

como lo dirá la historia,

se debe... ¡ mucha es su gloria...!

LA INVENCION DE LAS TRABILLAS !

Y, *agur*, con mesura en pos

dijo marchándose el diablo,

que él inventó aquel hocablo

para no decir á Dios.

Y—*ese juez es un bellaco!*—

no bien ausentóse el juez

prorrumpieron á la vez

el Sastre y el Currutaco.

Muera! gritaron cien voces;

y otras cien lo repitieron...;

—¡ *Viva!* Los diablos digeron,

dando mordiscos y coces.

Y unos secundaron—*viva!*

y otros secundaron—*muera!*

quien—*adentro!* quien—*afuera!*

quien—*abajo!* quien—*arriba!*

Y al punto, de sus peroles,

al oler pronunciamiento

saltaron de ciento en ciento

totitos los españoles.

Y hubo mermas, y hubo creces;

turrón ganado y perdido,

y hubo, por fin, mucho ruido

siendo tan pocas las neceses.

Y fueron, con ser iguales

vencidos y vencedores,

los que cayeron, *traidores*,

los que se alzaron, *leales*.

Diz que á favor de la gresca,

mas de mil, entre el tumulto,

quisieron zafar el bulto

tierra buscando mas fresca.

Mas los guardias en sus puestos

alerta para un fracaso,

les atajaban el paso

con amenazantes gestos.

Y á la par que los precitos

su escapatoria buscaban,

los demonios esclamaban

con desaforados gritos:

Nulla es redemptio, señores,

y con sus tenazas fieras

zampaban en las calderas

á los locos desertores.

Resistieron...! todo en vano.

Los diablillos eran mil !

Solo entre tanto alguacil
 escapóse... un escribano!
 Este purgaba sus dolos
 en unas grandes parrillas
 que enrojaba de cuclillas
 con sus mismos protocolos.
 El ocultando su afan
 midió la distancia un rato,
 y con tres brincos de gato
 dió consigo en el zaguán.
 Y en diabólico tropel,
 cuando escaparse le vieron,
 uñas en ristre se fueron
 todos los diablos tras él.
 Y le dieron sendas cargas
 con sus uñas de mil modos;
 y él se defendió de todos
 que eran sus uñas mas largas.
 Y en medio de la reyerta
 se les escapó de un brinco,
 ganando con otros cinco
 de los infiernos la puerta...
 Y *adonde vas galopin?*
 dijo viéndole Luzbel,
 que se hallaba en el dintel,
 ignorante del motin.
 —Adonde vas desertar?
 —A una cosa muy precisa.
 —Dilo pronto.—Voy de prisa...
 que tengo que hacer, señor.
 —Dime pronto, donde vas?
 clamó Luzbel con enojo
 puesta la mano al cerrojo
 para asegurarle mas.
 —Voy á dar un testimonio...
 dijo—y le abrió Lucifer;
 que escribano habrá de ser
 quien se la pegue al demonio.
 Y es fama que el buen curial
 dióse á correr tanta maña,
 que en tres minutos, de España
 se plantó en la capital.
 El anoche aunque de prisa,
 esta historia me contó;
 y en verso la puse yo
 para estamparla en LA RISA.
 Si algun lector con empeño
 me acusa de pesádez
 ó si se duerme tal vez...
 Dios le dé tranquilo sueño!
 Mas volviendo á mi curial,
 si cuando le encuentro á punto
 —Como vamos? le pregunto,
 siempre me responde—*mal!*
 «Muchacho, (me dijo ayer);

no de escucharme te asombres;
 que segun hallo á los hombres...
 hacen bueno á Lucifer!»
 «Me embisten los hombres ya;
 que me parecen á mí,
 mas locos ellos aquí,
 que los demonjos allá.»
 «Yo me escapé de sus cuernos...
 però al ver tan loco al mundo,
 ya siento anhelo profundo
 por volverme á los infiernos!»
 —Yo le dije ¡caracoles!
 cumplid intencion tan buena...
 y el me contestó con pena:
 —*ya no admiten españoles!!!*

E. F. SANZ.

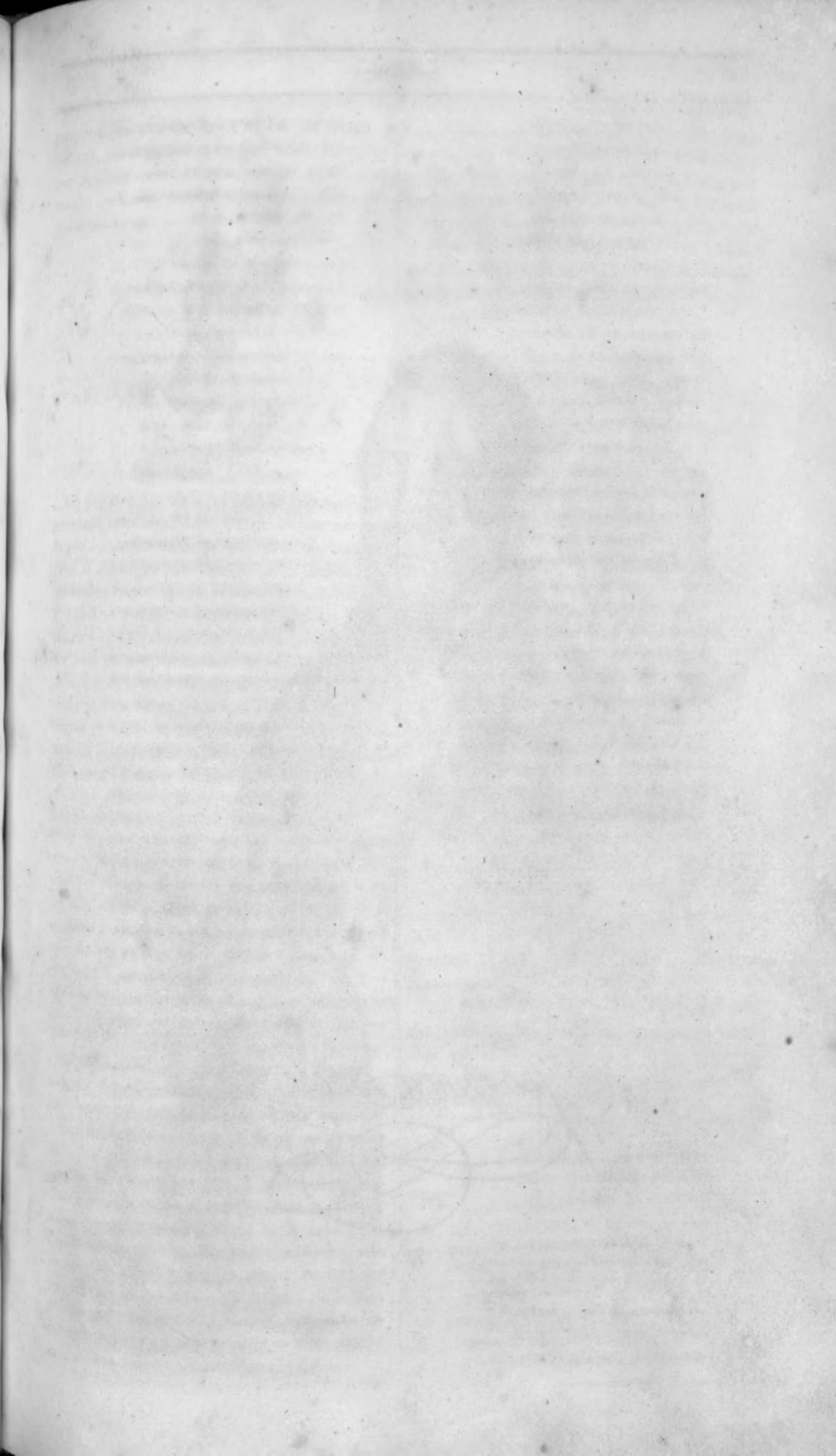
MODAS INGLESAS DE INVIERNO.

(*Winter english fashions.*)

Dicese comunmente que la Inglaterra marcha al frente de la civilizacion europea. Y esto por qué? Porque los ingleses son los entes mas *extravagantes* del mundo. Ergo se deduce de esta verdad que la ilustracion es hija de las *extravagancias*, y que LA RISA, ENCICLOPEDIA DE EXTRAVAGANCIAS es madre de la ilustracion. Es decir, que LA RISA es el mejor periódico de España, al que toda persona decente debe suscribirse si quiere contribuir á la prosperidad de su patria y ponerla al nivel de la Gran Bretaña.

Dejaos pues, amabilísimos lectores de ambos sexos, de seguir las modas de Paris. Extravagancias hay tambien en Francia; pero no pueden ponerse en parangon con las de las ninfas del Támesis y de los elegantes de la soberbia Albion. Mientras los hijos del Sena se arropan y acurrucan ante las marmóreas chimeneas de los salones de Paris para precaverse de los rigores del invierno, los ingleses hacen alarde de sus bríos y desafian con sus extravagantes modas las intemperies de la sañuda estacion.

Así que anochece, todos los elegantes de Londres se alijeran de ropa en términos que se quedan en camisa. Los hombres en camisa de hombre y las mugeres en camisa de muger, esplicacion indispensable, porque llamándose en inglés *Shirt* la camisa de hombre, y *Shift* la camisa de muger, no puedo yo traducirlo con la sola palabra de *camisa*, porque si se dijese que las mugeres van en *Shirt* y los hombres en *Shift*, se diria que los hombres van en camisa de muger, y las mugeres en camisa de hombre; pero poniendo la cuestion en su verdadera terreno, el resultado es que la última moda es no tener frio, y como el alumbrado de Londres está mandado recoger por ser cosa





José Bernat Baldoví

Sociedad Literaria

1844.

La Risa.

muy antigua y de mal gusto eso de los faroles y del gas, los elegantes andan que beben los vientos por aquellas calles de Dios, con un candil en la mano, (*a Lamp*) como el *Gentleman* que ven vds. á continuacion.



La gente respetable sigue tambien esta moda, que parecerá inverisimil á los que no tengan un profundo conocimiento de las rarezas de los ingleses; pero si alguno de mis lectores no da crédito á las presentes lineas, puede tomarse la molestia de ir á Londres y como no encuentre á todos los elegantes en camisa, consiento en pasar yo por descamisado todo el resto de mi vida. Repito pues, que las personas de respeto van tambien muy serias en camisa por las calles, y lo mas que hacen para calentar el cuerpo de vez en cuando, es detenerse en alguna taberna (*Public-House*) engullirse un cacho de queso (*a Bit of Cheese*) una patata (*a potato*) y luego *a Glass of Rum*, esto es, un vaso de ron segun manifiestan los siguientes figurines.



De este modo van matando el tiempo los tiernos

esposos hasta media noche, que se reunen todos los elegantes en *Regent Street*, se zurrán mutuamente el bullarengue, y se retiran calentitos y gordos cada mocheuelo á su olivo, pero para meterse en la cama y conservar el calor, el esposo se viste de caracero con su espadon, su casco, su coraza, sus botas de montar con las correspondientes espuelas, y la amable esposa viste tambien su gracioso uniforme.



En esta forma se acurrucan entre sábanas diciendo ella *Good night my Love*, buenas noches mi amor, y él *Good night my Soul*, buenas noches alma mia, y al decir esto huelen á un tiempo un ramillete de ruda, (*a Rue Nosegay*) y se duermen como cachorros (*Son of a Bitch*).

La palabra ramillete; se compone en inglés de dos voces á saber: *Nose-gay*, nariz alegre, y vive Dios que si el ramillete es de ruda, como los que estan de moda en Londres, puede alegrar las narices, como los carros de Sabatini.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPIGRAMA.

Por ciertas cosas del dia
tocaban á generala,
y á un miliciano Pascuala
«ármate pronto», decia:
«Mi calma no te dé asombro»
—dijo el nacional taimado—
pues al verme yo á tu lado
siempre estoy... armas al hombro.»

JOSÉ BERNAT BALDOVI.

AMBIGU.

Orejas de ternera rellenas y fritas.

Se prepara el fondo de una cazuela con lonjas de tocino, encima se ponen las orejas muy limpias y á medio cocer; se vuelven á cubrir con otras lonjas mayores, zanahorias, cebollas, un ramillete, y un limón cortado en ruedas delgadas; todo esto se sazona y se añade una mitad de caldo y otra mitad de vino blanco, dejándolas cocer á fuego lento y despues se escurren para echarlas relleno cocido y freirlas, habiéndolas empanado con huevos.

Manos de ternera fritas.

Preparadas y cocidas á punto, y cortadas en tiras de mediano grueso; se ponen las manos en un adobo de vinagre, y despues de escurridas se las mete en pasta de freir; se echan en la sarten, y se sirven rodeadas de perejil frito.

Manos de ternera al natural.

Se limpian y blanquean como la cabeza, se abren para sacarlas el hueso principal, y se cuecen en la olla, sirviéndolas con una salsa preparada con caldo, sal, pimienta, vinagre y yerbas finas.

Tambien se pueden aderezar con salsa roja de tomates, italiana etc.

Pecho de ternera relleno.

Se quita la estremidad de los huesos de los lados, se separa la parte de encima y la de debajo y en este hueco se introduce el relleno cocido volviendo á cocer las carnes se ponen así en el fondo de una cazuela con lonjas de tocino, y el pecho hácia arriba cubierto con otras lonjas; se añaden zanahorias, cebollas, un ramillete, sal y pimienta y la mitad de caldo y mitad de vino blanco,

poniendo fuego lento por encima y por debajo: cuando ya esté cocido, se pasa el fondo y se añade un poco de caldo; se reduce, y se le añade un poco de sustancia ó zumo de limón.

Pecho de ternera helado.

Habiendo cortado el pecho en cuadro, se levanta lo que está sobre las costillas, se corta á lo largo cuanto es posible, se llena el hueco y se ata: despues se cuece con zanahorias, cebollas, un manojo de perejil, pimienta y sal, echándole uno ó dos vasos de caldo. Cocidas las legumbres se sacan, y el pecho un poco antes que esté perfecto el cocido: se pasa todo por un cedazo de seda, se desengrasa, y se reduce casi á gelatina, en la que se pone el pecho para que tome color; se le saca de la cazuela, se le quita del cordel, se colorea y se sirve con aderezo de legumbres, ó con cualquier sustancia ó salsa que se quiera.

Mollejas de ternera.

Se pican la mitad con tocino y la otra mitad con criadillas, y se cuecen como las mollejas de buey con criadillas, y se sirve con toda especie de salsas.

De otro modo en papel.

Se limpian y hacen pedazos, se cuecen del mismo modo, y se ponen en adobo; se hacen unas cajetas con papel fuerte para ponerlas en ellas, que estén bien impregnadas de manteca, derretida tibia, sobre la que se echa miga de pan; y colocándolas en las partillas sobre cenizas muy calientes, se cubren por encima con una pala de hierro hecha asena, ó bien se ponen en el hornillo.

OBRAS SELECTAS

QUE PUBLICA LA SOCIEDAD LITERARIA.

La Risa, la Carcajada, la Galeria regia, el Tesoro de moral cristiana, la historia de Espartero, y el nuevo catecismo de Ripalda. Todas estas obras están á cargo de los mas aventajados literatos de la nacion y han merecido los mayores elogios de la prensa periódica.

MADRID.— 1843.

IMPRESA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.